



XXVI

### Las humillaciones de Jesucristo

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral en la  
misa ferial el 3 de abril de 1876.

*Humiliavit semetipsum.—Se  
humilló á sí mismo.*

*S. Pablo á los filipenses, c.  
II v. 8.*

**S**ÓLO Jesucristo, mis hermanos, desde las sublimes alturas de la cruz, pudo convocar á las generaciones humanas, pudo dar cita al pie de ese lecho de dolor y de infortunio, á todas las desgracias de la humanidad, para derramar sobre ellas el bálsamo suavísimo del consuelo. *Sí, venid hijos de los hombres, de todos los países y edades de la historia, venid al pie de mi cruz; contempladme expuesto á las miradas del mundo; y ved si hay un dolor semejante á mi dolor,* dice Jesucristo, tomando en sus divinos labios las palabras de Jeremías. Dolores de los hombres, infortunios de los prevaricadores hijos de Adán, desgracias de esta raza culpable y degenerada ¿qué sois en verdad? ¡Ah! Solo ligeras y leves expiaciones de grandes y abominables culpas ¡Quién puede comparar nunca los dolores del corazón humano con los que saturaban el corazón divino de Jesucristo! Los impetuosos torrentes de to-

dos los dolores humanos, cayeron desbordados sobre su cabeza divina; sobre ella misma estalló el rayo de las venganzas celestiales, en todo su terrible furor. Sí, el profeta Isaías así lo anuncia: "El eterno Padre puso sobre él todas las iniquidades del género humano" Y el mismo Nuestro Señor Jesucristo, sintiéndose agobiado más que por el peso de la cruz que llevaba al Calvario, por el de los pecados de los hombres, exclamaba, como lo oyó David: "¡Ah! los pecadores de todos los siglos, de todos los pueblos de la tierra, desde el infortunado Padre de la raza humana hasta el último hombre, que verá la luz en el último día de los tiempos, todos los pecadores han formado sobre mis espaldas el edificio inmenso que me oprime y sepultará bajo sus espantosas ruinas!"

Estas humillaciones y oprobios del Hombre Dios dispuestas por la sabiduría increada para dar á la magestad infinita de Dios la satisfacción condigna de la ofensa, debían tener, mis hermanos, en grado eminentísimo, todos los caracteres de las pasiones humanas, para que fuera completa y perfecta la expiación. Por eso las humillaciones del Salvador, fueron universales, repentinas, dolorosas, crueles, sumamente injustas, absolutamente voluntarias, porque tales son, también, los diferentes caracteres de la soberbia del hombre, que inficiona todo su espíritu, que es la raíz de ese árbol de iniquidad de que nos habla el Apóstol S. Juan. Continuemos, pues, el desarrollo de este tema sin más preámbulos, invocando antes, á la misma adorable cruz en que murió Nuestro Señor Jesucristo. Saludemosla como la única esperanza de salud, invoquemosla como que en ella extendió sus brazos misericordiosos el nuevo Adán, padre de la raza redimida! Saludemosla con amor, con sentimiento de verdadera fe y alentando en nuestro pecho la esperanza de la inmortalidad, porque si un árbol fue el principio de la caída

del género humano, cuando la infernal serpiente sedujo á Eva, anunciándole la inmortalidad, si comía el fruto prohibido, por una admirable economía de la providencia, otro árbol bendito fue el que brindó á la humanidad el fruto de salvación y de vida.

#### PUNTO ÚNICO

Ningún carácter, mis hermanos, queda más obstinadamente impreso en la malicia del corazón humano, como sus íntimas, sus secretas afecciones al pecado y al desorden. Lloro el pecador sus extravíos, pide á la misericordia divina el perdón; lo alcanza generosamente; lleno de horror de si mismo toma sobre sus hombros el santo yugo de la penitencia; revistese según la sencilla frase del Apóstol "del hombre nuevo creado según Dios en espíritu de verdad y de santidad"; y sin embargo, revive de entre los escombros, de entre las cenizas de las pasiones, revive esa secreta afición del corazón, que no es sino el principio de nuevas y más terribles caídas. De aquí la gran dificultad de esas conversiones perfectas que mudan completamente la voluntad; de aquí la dificultad de esas penitencias asombrosas que parten de espíritus llenos de fe viva, de una santidad ardiente que consuma en sus llamas cuanto había del hombre viejo, para que sin obstáculo, sin inconveniente, la gracia del Espíritu Santo forme al hombre nuevo á la imagen y semejanza del Jefe de los predestinados, de Cristo Jesús. Para expiar, pues, este desorden constante de las pasiones humanas, quiso Nuestro Señor Jesucristo, que las humillaciones de su pasión y de su muerte fueran crueles, dolorosas, extremadamente sensibles, que circuncidaran no solamente su carne entregada como hostia de propiciación por el pecado, sino también los más delicados sentimientos de su alma. La espada de la divina justi-

cia que el anciano Simeón anunció á María, cuando la buena Madre fué á presentar al templo al tierno niño, al fruto de sus entrañas, esa espada que vió vibrar el anciano Simeón debía penetrar hasta lo más íntimo de su corazón, debía llegar como la espada penetrante de la palabra divina hasta la división del alma y del espíritu.

Y así fué, en verdad: nuestro Señor Jesucristo aclamado por sus beneficios, honrado con las más calurosas manifestaciones de amor y de gratitud por parte de Jerusalén, había tratado de formar un pequeño rebaño, escogido entre sus escogidos, había convocado en rededor de sí una pequeña corte que lo acompañaba á todas partes, que era confidente de sus secretos, depositaria de sus esperanzas, heredera de sus promesas, legataria de su poder; á ese apostolado confió todas las potestades que su Padre le había dado desde las alturas del cielo.

Más todo cambia en la noche de su pasión: abandonado de todos, traicionado por uno de ellos, negado por el otro, colmado de oprobios y de injurias por la muchedumbre, escarnecido por los sacerdotes, renegado por los pontífices, condenado en todos los tribunales, hállase derrepente el Salvador en el más completo abandono que sea posible concebir al entendimiento humano. ¿Cuál es, cuál es, mis hermanos, el punto de apoyo en que puede reposar por un instante, su reputación, su poder, su sabiduría su santidad? No lo encontraréis. Un naufragio universal y desastroso ha aniquilado su gloria y toda la fama de su nombre y todo el prestigio de su doctrina y todo el poder de sus milagros, en el piélago inmenso de sus insondables humillaciones.

¡Ah discípulo ingrato y traidor! Tipo inmortal,— para eterna infamia tuya,— de toda traición, de toda cobardía, porque la historia no cuenta ninguna más villa-

na que la que cometiste tú. ¡Ah! ¿No te enterneció su divina mirada? ¿no te conmovió la dulzura de su voz, ni llegó hasta tu endurecido corazón la palabra sublime de su alma de Padre? Amigo, discípulo, hijo mío, ¿á qué has venido? Que un enemigo combata á su enemigo, lo comprendo, me lo explico, ¡Ah! Que los fariseos, que los sacerdotes de la Sinagoga, que los escribas, que los aduladores de César se conjuren contra él, lo comprendo y me lo explico. Su santidad pone de manifiesto sus vicios, su doctrina es la condenación perpetua de su hipocresía, también el imperio espiritual que vá á levantar y del cual formarán parte todas las naciones de la tierra vá á quebrantar todo el paganismo y á fundar en el mundo el reinado cristiano; si, comprendo que todas las potestades de la tierra, que los sacerdotes de la Sinagoga se conjuren para tratar de su ruina; ¡pero que tú, su amigo, su compañero, su discípulo, el confidente de sus secretos, el depositario de sus riquezas, heredero de su potestad; tú que has comido en su mesa donde ha partido el pan para saciar tu hambre, que con divina industria, con amoroso artificio, te ha hecho sentir que conocía la perfidia de tu corazón para ver si por un momento volvías sobre ti y te reconciliaras con tu Padre! ¡Ah! verdaderamente que esta herida llega á lo íntimo de su corazón!

¡Oh santo Apóstol Pedro!, piedra fundamental de la Iglesia santa contra la cual se estrellarán siempre todos los esfuerzos y todas las maquinaciones del infierno, piedra solidamente establecida y fundada sobre la piedra angular, Cristo Jesús, ¡ah! ¿tú eres, cobarde discípulo, el que no há mucho decías á Jesús, cuando el Salvador preguntaba á sus discípulos, que decían los hombres del hijo del hombre y unos le contestaban: Señor eres Jeremías, otros eres alguno de los profetas, otros eres Juan Bautista; tú eres, el que lleno de la inspiración del cielo le contestas, en nom-

bre del apostolado entero: Tu Señor, eres más que todos los profetas, tú eres el Hijo Unigenito del Dios vivo. ¡Ah! ¿Eres tú el que en la noche de las tinieblas y del escándalo ante la pregunta de una miserable criada exclamas: “yo no he conocido á ese hombre”? ¿Eres tú, ¡oh Apóstol! el que decías á Jesucristo, no ha mucho: Señor tu solo y nadie más que tú, tiene palabras de vida eterna; dónde iremos, Señor, pobres y desgraciados de nosotros cuando tu solo tienes palabras de vida eterna?, ¿eres tú mismo el que ahora blasfemas, poniendo al cielo y á la tierra por testigo de que no perteneces á la familia de este criminal?

Todos los demás Apóstoles, mis hermanos, se escondieron, huyeron; Jerusalén no los vió en la terrible noche y en el cruento día de la pasión y de la muerte de Jesucristo. Ella que los había visto seguir siempre fieles al Salvador, servirlo constantemente, cumplir con admirable fidelidad sus mandatos, anunciar la buena nueva en las diferentes comarcas á donde el Salvador los enviaba; pero cuando llegó la noche de la pasión, no los vió: todos lo abandonaron, para que se cumpliera el oráculo divino: “Heriré al pastor y se dispersarán todas las ovejas del rebaño”.

Pero quedábale su santísima Madre que no se escandalizó de la pasión, que no lo negó delante de los hombres, sino que anegada en lágrimas, mudo el labio por el dolor, serena la frente, tranquila el alma, lo siguió confundida entre muchas mugeres que lloraban la suma desgracia del Salvador; María seguía acompañándolo, más que con sus pasos, con los vehementes latidos de su corazón. Llegó al Calvario para saciar su alma en las agonías de su vida, para beber con él el caliz de la amargura, para tener parte en los oprobios de su adorable Hijo y poder exclamar las palabras que el real Profeta puso en sus labios: Sí, adorable hijo, los oprobios de los que te han injuriado

han caído sobre mí. Ah Mujer, Madre fuerte! ¿era preciso que asistieras al martirio de tu hijo? ¿era preciso que tomaras parte en su heróico sacrificio? ¿era preciso que contemplasen tus ojos ese adorable cuerpo llagado, descoyuntado, enflaquecido y padeciendo los horrores de la sed y los tormentos de la crucifixión? ¡Ah Madre mía! ¿Acaso contemplaste este espectáculo de dolor con esos mismos dulces ojos con que tantas veces lo miraste de niño reclinado en tu seno? ¿Cómo pudiste oír los sarcamos, las blasfemias, los sangrientos denuestos de la multitud? ¡Oh Madre! ¿Acaso con esos castísimos oídos que nunca escucharon sino las amorosas palabras de tu Hijo y de tu Dios? Cuando lo bajaron y lo reclinaron sobre tus rodillas, ¿con qué amor no imprimiríais sobre sus llagas ósculos de veneración y de ternura? ¡Si! con esos mismos dulces labios con que besaste tantas veces su frente divina, en la noche de Belén, besaste ahora el ensangrentado cadáver de tu amantísimo Hijo, el más hermoso de los hijos de los hombres.

Pero las humillaciones de Jesucristo, mis hermanos, debían ser además, públicas, solemnes, auténticas, debían presentarse ante los cielos y la tierra ¿Sabéis por qué? Para expiar condignamente los escándalos de nuestras pasiones; porque las pasiones del corazón humano no se conforman, demasiado lo sabemos y lo sentimos, no se conforman sino con la ruina del alma, tienen una sed devoradora, que nada sacia; como que necesitan el sello del escándalo, el incentivo de la publicidad, para triunfar, para reinar; y Jesucristo no podía dejar de expiar condignamente este abominable desorden de las pasiones humanas, haciendo que sus humillaciones fueran públicas, solemnes, de manera que las viese el mundo estallar repentinas, y todos los siglos pudiesen contemplarlas y todas las generaciones humanas dar testimonio de ellas. Por eso la